

ABRIR LA VENTANA EN TIEMPO DE AUTARQUÍA*

Santos Juliá

No he tenido yo la fortuna de asistir a las clases del profesor Jover ni puedo contarme tampoco entre sus discípulos. Lo conocí, creo recordar, con motivo de mi participación en un homenaje que sus colegas y discípulos de la Universidad Complutense le organizaron, junto a Vicente Palacio Atard, en la Biblioteca Nacional a modo de reparación por la malhadada disposición, tomada por el primer gobierno de Felipe González, de rebajar la edad de jubilación del profesorado universitario a los 65 años. Desde luego, conocía sus escritos, en los que siempre aprecié la superior limpieza de su prosa, el cuidado del detalle, la amplitud de sus saberes, la ambición de totalidad que late bajo su concepto de civilización, todo eso en fin que se sitúa en los antípodas del lenguaje del especialista de un periodo o de una materia. Años después, tuve ocasión de charlar largamente con él para una entrevista encargada por *El País* y pude entonces asomarme a otros valores de su rica personalidad: aquella limpieza de su escritura reflejaba la de su espíritu y sus maneras, su absoluta falta de fatuidad, su incapacidad para darse la más mínima importancia, el exquisito cuidado para que nadie pudiera sentirse agraviado por algo que él dijera, tanto que en la segunda o tercera revisión del texto para su publicación tuve que decirle que, por mucho que insistiera, no iba a suprimir nada más de lo que ya había aprobado él en la primera. Cordial, escrupuloso, sabio, limpio: fue muy agradable realizar en varias sesiones aquella entrevista. Y ahora, aquí, es de nuevo un placer recordar al profesor José María Jover, dedicando un rato a evocar el ambiente que rodeó y la

* Texto revisado de mi participación en el Seminario “José María Jover y la historiografía española”, celebrado en la Universidad Carlos III, Getafe, 6 y 7 de abril de 2011.

admiración que todavía hoy despierta su conferencia “Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea”, escrita para ser leída el 30 de abril de 1951 en el Ateneo de Madrid, pronto hará sesenta años, una conferencia que abrió de par en par una gran ventana al exterior en tiempos de autarquía.

MOTIVOS PARA ESCRIBIR UNA CONFERENCIA

No gustaba José María Jover de llevar las conferencias escritas; le bastaba un esquema, en la mejor tradición del conferenciante español, que trata de crear un vínculo emocional, una comunicación personal, entre su palabra y el auditorio que la recibe. Pero esta vez, contra su costumbre, y “porque el tema resultaba, en el Madrid de 1951, lo suficientemente resbaladizo”, la escribió y resulta fácil creerle cuando nos dice que el texto publicado al cabo de un año, y reeditado en 1956, es exactamente el mismo que leyó aquella tarde de abril en el Ateneo madrileño. Haberla escrito indica que quería llevar muy “ponderados y medidos” los conceptos y los argumentos, que iba a decir exactamente lo que había pensado decir “antes de sacarlo a colación desde la tribuna del Ateneo”¹, ni más ni menos. Aparte de la muy comprensible razón de evitarse un resbalón, algunos motivos más habría de tener para tomarse ese cuidado, unos motivos relacionados con él mismo como titular de una cátedra de historia, con el lugar y el auditorio al que iba destinada la conferencia, con su contenido y, en fin, con su propósito.

Primero, con el conferenciante mismo. José María Jover tenía 30 años, tres y pico más de los 27 con que contaba cuando recibió en 1947 el premio Menéndez Pelayo por su tesis doctoral, publicada en 1949 con el título: *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*². Había tomado posesión, en enero de 1950, de una cátedra de largo e imposible título: Historia Universal Moderna y Contemporánea e Historia Universal de la Cultura, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia, “con el haber anual de doce mil pesetas, tres mil pesetas anuales más

¹ Lo recuerda en la “Presentación al lector”: José María Jover, *Política, diplomacia y humanismo popular. Estudios sobre la vida española en el siglo XIX*, Madrid, Turner, 1976, p. 11.

² Editado en Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Jerónimo Zurita, 1949.

conforme a lo determinado en la vigente ley de presupuestos”³, y es lógico que pusiera un empeño especial en la preparación de una conferencia que marcaba públicamente su apertura a un nuevo campo de investigación. Con ella daba un gran salto que lo catapultaba desde el siglo XVII, desde lo que él mismo llamará “etapa barroca en mi curriculum de historiador” - como acreditaba su premiada tesis y sus artículos “La alta Edad Moderna” y “Sobre la conciencia histórica del Barroco español”- hasta el siglo XIX, con solo alguna breve parada en el XVIII⁴.

Era marcar a la vista de todos casi un nuevo comienzo, otras preocupaciones y otras maneras de hacer historia: desde una investigación centrada en las ideas o el pensamiento político de una generación de escritores del siglo XVII hasta lo que eventualmente podría definirse como una historia social de la formación de las conciencias de clases sociales, o una historia social de las culturas políticas de la burguesía y del proletariado en sus etapas de formación y consolidación. Con la primera, Jover se había incorporado al grupo de *Arbor*, bautizado desde Barcelona por Jaume Vicens Vives como “Generación del Cuarenta y ocho” cuando le atribuyó, con un punto de exageración, “el más profundo y desinteresado análisis que ha hecho jamás España para comprenderse a sí misma”⁵. Era una generación o, más exactamente, un grupo de historiadores y publicistas que había fijado en la paz de Westfalia de 1648 –con su último estrambote europeo en las revoluciones de 1848- la clave de la decadencia española, vinculando así el destino de España a la derrota del ideal de cristiandad que supuestamente había encarnado hasta aquella fatídica fecha; la inevitable derrota de esa

³ Orden de 6 de diciembre de 1949, firmada por José Ibáñez Martín, *Boletín Oficial del Estado*, 30 de diciembre de 1949.

⁴ “Entrevista del profesor Antonio Morales Moya al autor” [*Nueva Revista*, 43, 1996] recogida en José María Jover Zamora, *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999, p. 12. Los artículos citados aparecieron en los números 26 (febrero 1948) y 39 (marzo 1949) de *Arbor*. A ellos hay que añadir “El sentimiento de Europa en la España del siglo XVII”, en *Hispania*, 25 (1949).

⁵ Jaime Vicens Vives, “La generación del Cuarenta y ocho”, *Destino*, 19 de noviembre de 1949. Vicens había empleado la misma expresión al situar a Vicente Palacio Atard en “la generación del 48, la del centenario de la Paz de Westfalia y de la revolución democrática de 1848”, en “La España del siglo XVII”, *Destino*, 28 de mayo de 1949. Que “el terreno de convergencia” de Vicens con el grupo de *Arbor* era “sólido” y no mero oportunismo político lo ha aclarado Ismael Saz, *España contra España*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 394-396.

“grandiosa utopía española de Catolicidad universal”, como la había definido el mismo Jover⁶. Con la segunda, pretendía indagar nuestro joven catedrático en las raíces de lo que “media centuria más tarde” del desastre de 1898 – último estrambote español de la paz de Westfalia- sería la guerra civil, que ese mismo grupo de historiadores acostumbraba a representar como resultado de la penetración en España, desde la Ilustración y, muy especialmente, desde la Revolución francesa, de ideas extranjeras y la consiguiente lucha a muerte entre España y Anti-España, con el resultado de una guerra civil de la que había salido vencedora la única, verdadera, España, la católica, y derrotadas todas las tradiciones de pensamiento que, por no ser católicas, tampoco eran españolas.

Lo que nos lleva de la mano al segundo de los motivos que seguramente sintió Jover para escribir su conferencia: el lugar y el auditorio. Iba a hablar nada menos que en el Ateneo de Madrid, la institución elegida por el jefe de fila de aquel grupo generacional, Rafael Calvo Serer, para llevar a cabo, como le escribía al almirante Carrero Blanco, “el mayor esfuerzo reconstructivo de nuestra historia contemporánea”, impidiendo que la iniciativa quedara “en manos de los discrepantes”⁷. Empeñado en un ambicioso programa de acción política cultural, Calvo Serer fue quien tomó la delantera en marcar un territorio propio al enunciar desde las páginas de *Arbor* en noviembre de 1947 la aparición de “Una nueva generación española” a la que no puso número pero a la que asignó la tarea que había quedado “perfectamente delimitada y trazada en 1939. Eliminadas las heterodoxias religiosas, que se convertían en heterodoxias nacionales, la reanudación y cumplimiento de nuestro destino obligaba a la generación nueva a trabajar por una cultura católica”.

Para eso era preciso infundir nueva vida y asegurar el control de una variedad de tribunas desde las que emprender esa obra de lo que el mismo Calvo Serer definía como cultura dirigida. Entre ellas, la revista *Arbor*, del

⁶ Jover, 1635, p. 460, que añade: “Y quebró la soberbia española; se acabó la paz austríaca; se cuarteó, aun dentro del alcázar ibérico, la Monarquía Católica; venció Richelieu, los herejes lograron plenamente el reconocimiento de su personalidad jurídica...”

⁷ Carta de Calvo Serer a Carrero Blanco, de 25 de septiembre de 1950, citada por Onésimo Díaz Hernández, *Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008, p. 287.

Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en el que José María Albareda, socio, como Calvo Serer, del Opus Dei, desempeñaba el cargo de secretario general desde su fundación; y el Ateneo de Madrid, que dirigía Pedro Rocamora Valls en su calidad de director general de Propaganda del Ministerio de Educación. Contaba Rocamora en su curriculum haber sido uno de los primeros jóvenes en acercarse y tratar, desde 1928, a un sacerdote entonces llamado José María Escrivá, que le recitaba algunos de los pensamientos anotados en un cuadernillo del que andando el tiempo saldría *Camino*. En *Arbor* y en el Ateneo disponía Calvo Serer del impagable apoyo de Florentino Pérez Embid, el dinámico secretario de la revista –como escribió de él Jaume Vicens- y, junto a Ciriaco Pérez Bustamante, responsable de la sección de Historia del Ateneo desde la Orden de 19 de octubre de 1950 por la que quedó constituida una nueva Junta, presidida por el mismo Rocamora y de la que era vocal, con otros destacados intelectuales, Rafael Calvo Serer. Ni que decir tiene que Pérez Embid unía a su condición de secretario de *Arbor* y responsable de la sección de Historia del Ateneo la cualidad de miembro del Opus Dei⁸.

No tiene mucho sentido discutir aquí en qué medida la adscripción de los líderes de este grupo de intelectuales al Opus Dei fue determinante de su aparición como tal grupo, de su auge y de su acceso a posiciones de un poder cultural que en 1950 no constituía un campo autónomo del poder político, una cuestión que no se puede despachar a la manera de los propagandistas cuando se trata de la ACN de P. Lo que está claro, en todo caso, es que en su fulgurante *cursus honorum* los mismos nombres se repiten: en el Ministerio de Educación y, desde 1951, en el de Información, en los tribunales de cátedras, en los jurados de los premios nacionales, en las comisiones de los centenarios –de Cervantes o de los Reyes Católicos- en los consejos de redacción de las revistas, en los ciclos de cursos y conferencias... Era un mundo muy pequeño aquel Madrid de principios de los cincuenta, con espacios todavía vacíos como resultado del exilio o de la sistemática depuración de quienes en tiempos recientes los habían ocupado. Avanzar

⁸ Constitución de la nueva junta y de las secciones, Orden de 19 de octubre de 1950, *Boletín Oficial del Estado*, 26 de octubre, p. 5007. Encuentro de Rocamora y Escrivá, <http://opusdei.es/art.php?p=18800>.

ahora por esos espacios se consideraba y se celebraba como un triunfo de grupo en los combates político-ideológicos que venían desde el mismo fin, y aun antes, de la guerra civil. Así ocurrió desde el primer momento con los miembros de la ACN de P, así con los que recién habían medio colgado la camisa azul aunque no su devoción joseantoniana, así también con los “colaboradores de *Arbor*”, como se puso de manifiesto el 9 de enero de 1950 con la celebración de un banquete de homenaje a seis recientes catedráticos, entre ellos José María Jover, y al laureado premio nacional de literatura “Francisco Franco” por su *España, sin problema*, el ubicuo Rafael Calvo Serer, que había publicado bajo ese título, en octubre de 1949 y en la Biblioteca del Pensamiento Actual, una colección de ensayos aparecidos previamente en su mayor parte en la revista *Arbor*. Para entender qué cosa era un intelectual en la España de 1950, y hasta qué punto carece de sentido situarlos en un campo autónomo, separado del campo político o de su adscripción a tal o cual instituto o asociación de la Iglesia, nada mejor que echar un vistazo a las listas de convocantes y asistentes a los homenajes a miembros del grupo por haber triunfado en alguna reciente oposición a cátedras o por haber recibido algún premio, nacional o local⁹.

Fueron ellos -quiero decir, Calvo Serer y Pérez Embid, porque Rocamora no se ocupaba mucho de la presidencia del Ateneo y más bien dejaba hacer a sus amigos- quienes programaron dos ciclos de conferencias de altos vuelos para los primeros meses de 1951, uno sobre “Balance de la cultura moderna” y otro sobre “Actualización de la tradición española”. Florentino Pérez Embid los presentó desde las páginas de *Arbor* como el primer acto de la reconquista por el Ateneo de su viejo puesto en la primera línea en la vida española de las ideas. Eran, según escribió, tiempos de gran desorientación, en que medraban “las malas hierbas” y adquirirían “apariencias imponentes las ideologías importadas de culturas extrañas”, entre las que “no será malo que recordemos el krausismo -y, en general el poskantismo español- y sus consecuencias culturales y sociales; o también la siembra siempre actual del

⁹ “Homenaje a los colaboradores de *Arbor*”, *ABC*, 10 de enero de 1950, con amplia relación de asistentes y fotografía de los homenajeados: Ismael Sánchez Bella, Mariano Baquero, José María Jover, Rafael Calvo Serer, Rafael Gibert, Antonio Fontán y Enrique Moreno.

marxismo, de cuyas semillas podían quedar brotes más o menos larvados. Y otras veces aún ocurre cosa peor: el nihilismo en la vida del espíritu”. Todo, por lo demás, muy fácil de comprender: si el siglo XIX no logró para España el progreso industrial, si consiguió encizañar nuestra vitalidad con la retórica de las luces. Y apagadas las luces propias, y temblorosas e inseguras las nuevas luciérnagas, ¿cómo iba a resultar ni lúcida ni luciente la vida de los españoles? La cultura de la modernidad había venido a parar, siempre según lo veía Pérez Embid que, por lo demás, debía de ser persona muy entusiasta, “en una jaula de locos”¹⁰.

Para hacer frente a tanta confusión, un plantel de intelectuales de primera fila que durante los últimos años habían “figurado constantemente” en las páginas de *Arbor*, con el complemento de algunas firmas del extranjero seleccionadas entre lo mejor de la cultura católica europea, se encargarían de desarrollar los dos ciclos programados por el Ateneo. Para el “Balance de la cultura moderna” fue requerida la colaboración, entre otros, de López Ibor, Millán Puelles, Leopoldo Eulogio Palacios, Ángel González, Rof Carballo, Álvaro d’Ors, Manuel Fraga, Marcelo Caetano y el mismo Calvo Serer, que ya dos años antes había impartido, él solo, un curso sobre “La dialéctica de la cultura moderna” en el que trató de todo: la Cristiandad, el Renacimiento, la Reforma, el Romanticismo, el capitalismo, el imperialismo... Y para las conferencias del curso sobre la “Actualización de la cultura española” fueron invitados, entre otros, Martín Almagro, Ángel López Amo, Luis Sánchez Agesta, Jorge Vigón, Pérez Embid, Miguel Fisac, García Escudero, Pemán, Fernández de la Mora, Navarro Rubio, Rodríguez Casado, Larraz y nuestro querido José María Jover, que impartirá, además, en abril de 1952 –cuando Pérez Embid haya sustituido a Rocamora en la dirección general de Propaganda, trasladada al nuevo Ministerio de Información y Turismo, y en la presidencia del Ateneo¹¹- otra conferencia en un nuevo ciclo sobre “La

¹⁰ Florentino Pérez Embid, “El Ateneo, tribuna abierta de la cultura española”, *Arbor*, 61 (enero 1951) pp. 119.123.

¹¹ En el cambio de gobierno de julio de 1951, la dirección general de Propaganda pasó a depender de Información y Turismo. Meses después, por decreto de 15 de febrero de 1952, Propaganda se transmutó en Información. Unos días más tarde, por decreto de 29 de febrero, Pérez Embid cesó como director general de Propaganda y fue nombrado director general de Información. Entre sus incumbencias se contaba la de

sociedad española a través de los siglos”. En este ciclo, que aquí no nos va a ocupar pero del que no será ocioso tomar nota, Julián San Valero tratará de “Cazadores, campesinos y metalúrgicos en la España primitiva” y “Romanización de la sociedad hispánica”; Rafael Gibert de “Tribus y clases en el Islam español”, “Señorío y concejo en el medioevo” y “La sociedad visigoda”; Vicente Palacio, de “El fin de la sociedad estamental del Antiguo Régimen”, y José María Jover, de “La España burguesa”, confirmando así su paso al siglo XIX, aunque, como bien sabemos, nunca abandonara del todo sus primeros amores¹².

Se trataba, pues, de unos ciclos con un propósito muy definido dentro de la política cultural dirigida por el grupo de *Arbor*, en la práctica, por Calvo Serer y Pérez Embid, que habían cultivado una especie de *danmatio memoriae* del siglo XIX. Y este es el tercer elemento a tener en cuenta para entender el cuidado que puso Jover en la preparación de su conferencia: a la ignorancia del siglo XIX se había añadido en la posguerra –como escribirá años después el mismo Jover- su repulsa, su “condena en bloque”¹³. El siglo XIX se había convertido literalmente en la bestia negra de los vencedores de la guerra civil, un siglo que Franco, como dijo unos meses antes de comenzar el ciclo –sin venir mucho a cuento, la verdad, porque se trataba del acto de bendición de la nueva estación ferroviaria e inauguración de un grupo de viviendas en la anteiglesia de Baracaldo- habría querido “borrar de nuestra historia” por ser “la negación del espíritu español, la inconsecuencia por (sic) nuestra fe, la negación de nuestra unidad, la desaparición de nuestro imperio, todas las negaciones de nuestro ser, algo extranjero que nos dividía y nos enfrentaba entre hermanos y que destruía la unidad armoniosa que Dios había puesto sobre nuestra tierra”. Y en este punto, las cosas estarán claras y no se

“orientar las actividades de los Ateneos de Madrid y Barcelona”, *Boletín Oficial del Estado*, 24 de febrero de 1952, pp. 861-855. Por alguna anómala circunstancia, el decreto de 29 de febrero, con el cese y nombramiento de Pérez Embid, no apareció en el *BOE* hasta el 4 de junio.

¹² Para el desplazamiento de Jover de lo moderno a lo contemporáneo, Ignacio Peiró Martín, “La metamorfosis de un historiador: el tránsito hacia el contemporaneísmo de José María Jover Zamora”, *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 82, 2007, pp. 175-234.

¹³ “Corrientes historiográficas en la España contemporánea” [1975], recogida en *Historiadores*, cit., p. 285.

modificarán un ápice hasta el final mismo del régimen: Franco recitó, con las mismas palabras, una y otra vez, idéntica cantinela: el siglo XIX constituía, en 1967 como en 1950, “la negación del espíritu español en relación con nuestra fe, la amenaza para nuestra unidad, la desaparición de nuestro imperio y la pérdida de todo un siglo para el progreso”¹⁴.

Lo importante –con serlo, y mucho, que el Jefe del Estado se convirtiera en máximo apologista de la borradura del siglo XIX de nuestra historia- era que esa misma visión había impregnado de tiempo atrás a lo más granado de pensamiento político español tras la hecatombe de la guerra civil. Corresponde a Pedro Laín una posición destacada en trazar un diagnóstico que se repetirá *ad nauseam* y que hundía sus raíces en el reiterado desdén que Ortega mostró durante toda su vida hacia el dichoso siglo, “nuestro más próximo enemigo”, como escribió en alguna ocasión¹⁵. Tal vez, escribía Laín en enero de 1942, “estamos ya en sazón de descubrir el secreto de nuestro siglo XIX. El cual solo consiste quizá en que ese siglo XIX no ha sido nuestro. O, si se quiere, en que nosotros no hemos sido suyos”. A pesar de la cautela más bien retórica con la que Laín anunció su descubrimiento –quizá, si se quiere-, no le cabía duda: “la verdad radical de España no ha existido históricamente en todo el Ochocientos”. Lo cual no dejaba de ser una grandísima pena: “por cualquier costado que se mire nuestro siglo XIX, siempre se impone, para dolor nuestro, su casi total inanidad histórica”¹⁶.

La inexistencia del siglo XIX, su esencial cualidad no española, fue llevada al extremo por la llamada nueva Escuela Española de Historia Moderna a la que José María Jover se había incorporado con sus estudios sobre el siglo XVII. Calvo Serer acababa de lamentar que se comenzara a hablar de nuevo de las dos Españas, que al lado de la España que había realizado hasta el agotamiento su misión histórica, hubiera surgido otra España, la heterodoxa que, como hiedra, se había agarrado al tronco, en la feliz imagen de Ramiro de Maeztu. La dura lección del pasado nadie la podía olvidar, pues si así ocurriera comenzaríamos de nuevo la monótona y deprimente historia

¹⁴ Discurso en Baracaldo, *ABC*, 23 de junio de 1950, y discurso “en la apertura de la nueva etapa legislativa”, *ABC*, 18 y 19 de noviembre de 1967.

¹⁵ José Ortega, “El hombre de la calle busca un candidato”. *El Sol*, 24 febrero 1918

¹⁶ Pedro Laín Entralgo, “Esquema de nuestro siglo XIX”, *Arriba*, 6 de enero de 1942.

del siglo XIX español: guerras civiles, matanzas, amnistías para volver a comenzar de nuevo el ciclo sangriento. Calvo Serer, que se presentaba como “enemigo del sufragio universal” y estaba convencido de que había “pasado la hora de la democracia”, deducía de la experiencia del siglo XIX la enseñanza de que el catolicismo cultural era la condición inexcusable para la vida española y la base necesaria de una nueva política universal en la que los españoles, sin olvidar que “la primera política mundial del mundo moderno se hizo en Madrid y Viena”, debían desempeñar una papel de vanguardia¹⁷.

Con idéntica convicción, su leal compañero de dolores y esperanzas, Florentino Pérez Embid, había detectado una penetración de las doctrinas del vencedor de 1648 en las filas del entonces vencido que culminará en el siglo XIX con la “abierta disyunción del vencido en dos mitades enemigas”, cada cual construyendo sobre bases distintas su propio proyecto de España, una antinomia que había conducido desde hacía siglo medio inexorablemente a los españoles a la guerra civil cada veinticinco años¹⁸. Y, en fin, y por no hacer interminable este florilegio de condenas de lo que en torno a 1950 se sentía aún como un próximo pasado, especialmente porque la culminación de 1648 se situaba en las revoluciones europeas de 1848 y en el desastre español de 1898, Federico Suárez explicaba el triunfo del sistema liberal como una escisión ideológica surgida en la vida nacional cuando penetraron en sus clases rectoras ideas de la Revolución que abrieron un abismo de cuya magnitud era prueba la trágica grandeza de sus aún recientes consecuencias: la escisión del XIX, provocada por el triunfo del liberalismo, era la gran culpable de la guerra del XX¹⁹.

¹⁷ Rafael Calvo Serer, “La Internacional de las minorías”, *ABC*, 29 de abril de 1950; “Del 98 a nuestro tiempo. Valor de contraste de una generación”, *Arbor*, 37 (enero 1949) pp. 26-28. Enemigo del sufragio universal se confesó en declaraciones a *ABC*, 23 de febrero de 1950, a propósito de las elecciones que se celebraban en el Reino Unido, porque “dejar a una elección de resultados imprevisibles la solución de los problemas vitales [...] es la prueba de lo absurdo del sistema”.

¹⁸ Florentino Pérez Embid, “Ante la nueva actualidad del 'problema de España'”, *Arbor*, 45-46 (septiembre-octubre de 1949), pp. 152-154, y “Comprensión e intransigencia”, *Arriba*, 27 de diciembre de 1949.

¹⁹ Federico Suárez Verdeguer, “Planteamiento ideológico del siglo XIX”, *Arbor* 29 (mayo 1948) pp. 66-68.

Se trataba, en resumidas cuentas, de una visión del siglo XIX como culminación de la larga decadencia que se habría manifestado en la escisión espiritual de España por penetración de ideas derivadas del luteranismo, la paz de Westfalia y la Revolución francesa; que habría dominado a un sector de las elites políticas e intelectuales dando lugar a la formación de una España heterodoxa; y que, actuando sobre el fondo de la unidad cultura católica del pueblo español, habría provocado una situación de guerra civil con el trágico e inevitable resultado de la más reciente y más destructora de ellas, la de 1936. El siglo XIX aparece así como el gran culpable de la última guerra por un proceso previo de escisión social al que la victoria de la tradición católica había puesto finalmente remedio. Actualizar esa tradición, que tenía en Marcelino Menéndez Pelayo su punto de condensación, ponerla a la altura de los nuevos tiempos, infundirle nueva vida ante la confusión en la que se debatía Europa era el propósito de los ciclos de conferencias organizados en el Ateneo a los que había sido invitado José María Jover para hablar precisamente del siglo XIX. Lógico que escribiera lo que iba a decir.

Había todavía un motivo más, el cuarto, para preparar a conciencia su intervención en el ciclo. Cuando Antonio Morales inició con él, muchos años después, la conversación antes citada preguntándole: “Profesor Jover, ¿cómo despertó su interés por la historia?”, la respuesta fue inmediata: “Sin duda, como consecuencia de la guerra civil, que sobreviene cuando acababa de cumplir dieciséis años”. Destinado por tradición familiar a ser médico, todos los aspectos políticos, internacionales, éticos y humanos de la guerra civil le “empujaron decididamente hacia el estudio de las Humanidades y de la Historia”. Es claro que fue ese mismo interés por la guerra civil lo que le había llevado a alzar la mirada hasta la Alta Edad Media, para confirmar que allí se encontraba, en efecto, la clave de la cuestión, el origen de la tragedia. Ese era el propósito de su grupo de referencia, de la obsesiva indagación en los orígenes de la decadencia de España: encontrar la razón de la guerra de España. De toda aquella retórica sobre el fin de la cristiandad, con su momento culminante en 1648, como origen de todos los males, se había pasado, en buena medida a causa de la polémicas suscitadas por la aparición del *España como problema* de Laín, a situar en el XIX la causa del daño. Había

que ocuparse, pues, del siglo XIX para encontrar todo su sentido a la guerra y, lo que a aquellas alturas era más importante, a la victoria.

MUCHO MÁS QUE UN ESTUDIO DE MENTALIDADES

Con todos estos antecedentes, podría esperarse que, ahora, el 30 de abril de 1951, el joven catedrático de Historia Universal Moderna y Contemporánea que debía hablar a un público en el que estarían presentes, entre otros, Rafael Calvo Serer, Florentino Pérez Embid, Vicente Palacio o Federico Suárez y otros jóvenes catedráticos que compartían una idea consistente, sólida, sobre la decadencia de la nación española, la penetración de ideas extranjeras, la escisión del siglo XIX, la guerra y la victoria, y que estaban convencidos de la necesidad de una política cultural dirigida a la reconstrucción de la Cristiandad como base del futuro de España, de Europa y del mundo, trataría de construir un cuadro destinado a reforzar esas mismas tesis, una renovación o puesta al día de la “grandiosa utopía española” a la que el profesor Jover había dedicado su *1635*.

Y aquí es donde salta la sorpresa. José María Jover, que hasta ahora había sido un historiador de las ideas, lo que no es exactamente idéntico a cultivador de una historia ideológica, como le reprocha Jaime Vicens Vives, recién convertido a la historia social y económica²⁰, se presenta desde el

²⁰ En “El siglo XIX en la historiografía contemporánea de España” (*El siglo XIX en España: doce estudios*, Barcelona, Planeta, 1974, pp. 29-30n.) recordará Jover el “amargo privilegio de polarizar la actitud polémica de Jaime Vicens frente a la llamada ‘historia ideológica’”, encontrándose así en “la paradójica y poco cómoda postura de recibir las reiteradas críticas de Vicens al ‘peligroso camino’ que mi trabajo abría a la historiografía”. Años antes, en un apartado de su reseña “Los españoles ante la política internacional de Carlos V”, *Arbor*, (julio-agosto 1952) pp. 434-435, expuso su concepción del trabajo del historiador al escribir, en clara respuesta a Vicens, aunque sin nombrarlo: “El autor de esta reseña no tiene de “ideologista puro” mucho más que de “materialista dialéctico” o de cualquier otro “ista” de los que algunos gustan manejar en tanto miran de reojo al prójimo. Pero se atreve a opinar, y esta opinión viene a cuento, que la actitud cultural, el emplazamiento vital de unos hombres concretos de carne y hueso, su actitud ante valores, su concepto de Dios, de la naturaleza, del hombre y de la sociedad, la peculiaridad vital-afectiva del ambiente histórico en el cual se desarrolla su actividad histórica, constituye materia *necesariamente historiable* de que una historia nacional no puede prescindir”. Y tras otras consideraciones terminaba el párrafo diciendo: “Si por método estadístico se entiende la masificación del contenido histórico, la cristalización en coordenadas, en curvas y en mapas, de lo que debe ser inexcusablemente comprensión y relato, porque así lo exige su carácter libre y humano, su logro será –lo viene siendo- cualquier otra cosa menos historia.”

mismo título de su conferencia como un historiador de las “conciencias”, introduciendo una insólita dicotomía entre dos clases de conciencia, no definidas en términos ideológicos, ni esencialistas, ni como una escisión de la nación o resultado de su decadencia, sino en el marco de un proceso de transformación de la sociedad. Se trataba simplemente de seguir el curso de la formación de unas conciencias de clase: conciencia obrera y conciencia burguesa, como una variante española de un fenómeno general europeo. Quizá nadie, antes de él, se había asomado al siglo XIX en esos términos o planteando esa problemática. Desde luego, nadie de su entorno o, más exactamente en aquellos años, de aquella nueva generación del 48, lo había hecho. Tenía que preparar con todo cuidado lo que iba a decir.

Así que la conferencia escrita de José María Jover rompe, desde el mismo título, con la problemática dominante entre los historiadores de su grupo de referencia. Él no pretende construir un relato al modo de la gran utopía derrotada; él quiere ganar para la historia una centuria que su generación no conoció. ¿Para qué historia? Pues para la que había venido madurando desde que se hizo cargo de la cátedra de Valencia, cuyas líneas fundamentales tuvo ocasión de exponer en una reunión preparatoria de un proyecto de una Historia Moderna del Mundo Hispanoamericano, celebrada en El Escorial en enero de 1951. Encargado de un tomo titulado “Revolución y Restauración. La caída de la Monarquía liberal”, Jover presentó en aquella reunión unas cuartillas en las que expuso una concepción de la historia que tuviera en cuenta “los hechos referentes a *todos* los grupos sociales del pueblo español” (subrayado de Jover). Y aclaraba: “no podemos prescindir en una historia del pueblo español de lo que pensaron, sintieron y obraron sectores como esos ‘jornaleros del campo’, ‘artesanos’, etc. de que nos hablan las estadísticas, y que nos abruma con su magnitud numérica”²¹. Reflexionando veinticinco años después de haber presentado esas cuartillas en la reunión de El Escorial, Jover encuentra en ellas el antecedente inmediato de su conferencia en el Ateneo. Y lo son, evidentemente: sin haber asistido al celeberrimo IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en

²¹ José María Jover, “Presentación al lector”, *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*, Madrid, Turner, 1976, p. 12n.

París en 1950, que tanto significó en el vuelco que Jaume Vicens imprimió a su visión de la historia, Jover había descubierto que escribir historia consistía en dar cuenta de lo que pensaron, sintieron y obraron los jornales del campo, los artesanos, los obreros, los burgueses. Con solo ese enunciado, se adelantaba “encara que ell mateix s’oblíde, a la renovació de Jaume Vicens Vives”²².

Este cambio radical –abrir los oídos al pensamiento, sentimiento y acción de todos los grupos identificables de la sociedad- se acompañó como no podía ser de otro modo de una contundente reivindicación de la autonomía de la historia. Jover no quería resbalar ni, mucho menos, darse un batacazo²³, pero eso no le empujó a guardar equilibrios ni, menos aún, a situar la historia al servicio de programas de política cultural que pudieran empañar la naturaleza de su trabajo. Desde las primeras palabras de su texto escrito, y hablado, quiso dejar “clara y expresa constancia de que, bien hecha o mal hecha, es Historia lo que he pretendido escribir convencido de que, vuelta la primera mitad del siglo xx, es preciso ganar para la historia escrita una centuria que mi generación no conoció”. El énfasis no tendría ningún sentido si no se relaciona con el tratamiento que al siglo xix se le venía dando desde la política y desde las recientes polémicas en torno a si España tenía un problema, o muchos problemas, o si ella misma era un problema. La respuesta a que tan metafísica pregunta se le diera dependía de lo que se pensara acerca del siglo xix, como los participantes en la reciente polémica sobre el ser de España y sobre si don Marcelino Menéndez Pelayo eran dos o uno solo, de una pieza. Jover avisa expresamente que no se espere de lo que va a decir una intervención más en la polémica que “entenebreciera, desde la adolescencia, nuestra ignorancia del xix. Polémica, afirma, “de la que me desentiendo

²² Marc Baldó, *Laudatio* en el acto de investidura del profesor Jover como Doctor Honoris Causa por la Universidad de Valencia, recogida en José María Jover Zamora, *Historia y civilización*, Valencia, Universitat de València, 1997, p. 22.

²³ Como había pronosticado Jaume Vicens Vives en carta de 27 de noviembre de 1949 a Joan Mercader, a propósito de la oposición a cátedra: “El cas Jover serà un dels més espectaculars exemples d’aquest famós salt mortal en el buit, la definició del qual serà una brutal ensopegada”, *Epistolari de Jaume Vicens*, edición de Josep Clara, Pere Cornellà, Francesc Marina y Antoni Simon, Girona, Cercle d’Estudis Històrics i Socials, 1994, p. 170.

expresamente, primero, como hombre y, además –rigores del oficio, que en este caso no me resultan penosos- como historiador”²⁴.

Bueno, quizá estas palabras hicieran mover algunas cabezas en su auditorio. Desentenderse expresamente, y poniendo cierto énfasis en la expresión, de la polémica sobre el siglo XIX quería decir, en el Ateneo de Madrid, en abril de 1951, en un ciclo organizado por Calvo Serer y Pérez Embid, que él se daba de baja, por así decir, de la generación del 48, o sea, que no había ido allí para alimentar con nuevas evidencias ninguna polémica sobre el ser de España y la política que fuera preciso seguir con los restos de Anti-España. Lo que él se proponía era escribir una “biografía del pueblo español en la época contemporánea, manejando las fuentes con la misma ecuanimidad que todos suponemos en el que investiga la política exterior del siglo XVIII o los orígenes del reino asturleonés”, esto es, introduciendo cierta distancia entre el pasado y el presente que impida utilizar el resultado de su investigación como munición de una política cultural. Cuando Jover habla de ecuanimidad, lo que le está diciendo a sus oyentes es que va a mirar el pasado con ojos de historiador. Quizá por eso comienza su viaje al siglo XIX invitando a echar una ojeada a un censo de población.

Pues lo primero que un historiador debe hacer es dar por existente el objeto de su búsqueda. El siglo XIX español existió, lo cual en 1951 no estaba nada claro, embarcado todo el mundo en la explicación del magno problema de por qué no hubo un auténtico siglo XIX español en España. Existió, como también existió en Europa. Más aún –y esta me parece una de las radicales inversiones que aplica Jover a su materia: lo que a él le interesa es bosquejar, en el tiempo de que dispone, “una de las líneas maestras del XIX europeo en su versión española”. Parece un empeño inocente, como de cajón. Pero en 1951 hablar de *versión española de un siglo XIX europeo* mostraba una audacia fuera de lo común porque liquidaba de un plumazo toda la retórica sobre la excepcionalidad española, su anomalía, su decadencia, su fracaso y, lo que ante aquellos intelectuales conquistadores era, si cabe, más importante, su peculiar destino como depositaria de la fórmula para reconstrucción de una

²⁴ “Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea”, recogida en *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*, cit., p. 49. Todas las citas que siguen están tomadas de esta edición.

Europa desviada de su camino e inmersa en la confusión. Aquí, en una de las líneas fundamentales del siglo XIX, la que se refiere a la presencia, el sentir, el pensar, el estilo de vida y la acción de los grupos más numerosos y más enteramente dedicados al trabajo manual, había ocurrido lo que en Europa, solo que en versión española. Al historiador que es Jover lo que le interesa es documentar cómo ha surgido y se ha expresado la presencia de esos grupos en España.

Adoptar este punto de vista significaba un rechazo a considerar el siglo XIX como un todo y decir de él que fue tal o cual cosa. Se aparta pues de toda la retórica que alimentaba las polémicas en torno al significado del siglo como una totalidad atravesada por un sentido, el de ser un siglo no español destinado a la borradura o liquidación, en la versión católica, o el de haber alumbrado una segunda España que era preciso rescatar de sus extravíos, en la versión del grupo de Falange. En lugar de construir una razón del siglo proyectándola desde la mesa de trabajo, Jover, por así decir, sale a la calle a ver qué pasa. Lo hace, como dirá en la “Presentación al lector” de *Política, diplomacia y humanismo popular*, en compañía o de la mano de su “primer maestro de Historia”, a quien debía el atractivo que para él siempre tuvo el siglo XIX, don Benito Pérez Galdós (el mismo, por cierto, que en un día de primavera de 1968, paseando por París, José Bergamín, dándome como caso perdido, me reprochó no conocer. “Por eso no sabéis nada del siglo XIX, porque no habéis leído a Galdós”, me reñía Bergamín). Y es claro que desde que se mete en faena y deja atrás el censo, Jover advierte ya, desde el 2 de mayo, las dos formas distintas que tuvieron de morir, unos en la calle, otros en los balcones, unos artesanos y trabajadores, otros pequeña burguesía. Lo que en una primera mirada es pueblo de Madrid, se convierte, como ya había ocurrido en los relatos de Pérez Galdós, en epopeya de artesanos y trabajadores, gente del pueblo que luchó y murió. Pero se muere de distinta manera: en la calle, con las armas en la mano; o en los balcones, tratando de saber qué ocurre en la calle. Es esa burguesía hogareña, con su ideal de vida y sus valores: seguridad, honradez, probidad, que reza o muere en los balcones, mientras albañiles, soldados, trajineros o empleados disputan cada esquina a los caballos de Murat.

No voy a reproducir aquí, sintetizándolo, el contenido de la conferencia, muy conocido y celebrado; pero si quisiera destacar que al alejarse de las polémicas sobre un pasado construido por sus cercanos colegas con el consciente propósito de servir a políticas del presente, Jover introduce un elemento de complejidad que, a partir de su consideración del tiempo como un proceso, tomará en cuenta la diversidad de clases, sus marcos de socialización, sus valores, para entender las expectativas y proyectos que dan sentido a sus acciones. Serán entonces conspiradores románticos, que se lanzan a la conquista ideológica de la plebe, con ese ensanchamiento de la logia, que en la sociedad patriótica y más aun en el café abierto a todas las gentes pierde su hermetismo y rigidez; o ese agitador del pueblo, mitad político, mitad literato, generalmente provinciano, protagonista de la bohemia; o los políticos de café, ideólogos a veces, agitadores casi siempre, anverso negativo de irresponsabilidad. O será la revolución verbalista, llamada a trascender a medios extraburgueses, con los grupos de artesanos lanzados a la jornada. Y el diferente significado que para unos y otros tienen las mismas palabras: revolución, libertad, individual para el burgués, dominio de la calle para el artesano.

En este marco cambiante, dinámico, de la acción es donde surge una conciencia obrera, que Jover localiza en el sexenio democrático con la aparición de un nuevo lenguaje: revolución social, acción directa, huelga general, fuerza material, proletariado. Mientras el agitador burgués se desplaza a burguesía de negocios, los artesanos y obreros, al paso de la industrialización, se convierten en proletarios. Los tiempos cambian y con ellos se transforman las conciencias: se ensancha la distancia que separa a lo que ya va siendo, cada vez más, auténticas clases sociales. Los proletarios tienden a la asociación de clase, desengañados de la vida política y del último mito de la burguesía, la República Federal. Su cansancio encuentra una especie de correlato en el escepticismo religioso, triste herencia, escribe Jover, herencia perdurable de la burguesía de agitación. Se esfuman los tópicos y queda el sedimento de la crítica universal y de un anticlericalismo furibundo. Y serán esas experiencias las que expliquen que “el mito marxista de la lucha de clases” se inserte en un marco psicológico adecuado. No solo psicológico: Jover atiende a la pérdida de color de la vida proletaria, el carácter sombrío,

acromático, que a los ojos de la nueva clase obrera cobra la existencia para entender el “ansia de poder que estremece los medios proletarios”. La hipocresía de “la clase dominante que dice profesar principios de humanidad y fraternidad cristiana, en tanto contempla impasible, satisfecha y segura, como el jornalero trabaja, trabaja siempre, con salud o con fiebre, comido o hambriento, con gana o sin ella; que habla de camellos y agujas y deja morir a los hijos del trabajo para aumentar mezquinamente sus riquezas...”, será en definitiva lo que empuje al obrero a buscar el bienestar material lanzándose a la conquista de la ciudad terrena.

Si el proletariado abandonó la religión y abrazó el anticlericalismo, las clases acomodadas, que conservaban su fe, monopolizaron el catolicismo militante, que quedó sin pescadores, sin el taller de José el carpintero. Una religión rechazada por la naciente conciencia de una clase trabajadora previamente descristianizada y una religión convertida en una especie de máscara hipócrita en la clase burguesa, apartadas ambas del espíritu cristiano. Y en este punto, José María Jover, que había roto el relato de un siglo XIX escindido por ideas extranjeras frente a un pueblo católico para poner en su lugar la formación de conciencias de clase, separadas igualmente aunque por diferentes motivos del espíritu cristiano, paga un tributo al tiempo en que vive y a la casa en que habita. El tributo consiste, por una parte, en proponer una clave metahistórica de la guerra civil, en elevar al rango de razón última de la guerra, como un axioma en sí mismo evidente, el abandono del auténtico espíritu cristiano por las dos clases sociales y la violencia que de tal abandono se introdujo en las relaciones sociales; por otra, en situar, contra su misma concepción teórica de la historia como un proceso, la clave de interpretación de la guerra civil de 1936 en la formación de las conciencias de clase culminadas medio siglo antes; sin pisar siquiera el umbral del siglo XX, Jover ha encontrado la razón de la guerra en un fenómeno ocurrido en el siglo XIX

Así termina Jover su primer viaje por el primer siglo de la Edad Contemporánea. Es claro que con su viaje abre una gran ventana al exterior: rompe con la problemática de la España con o sin problema y con la visión de un siglo no español en el que todo se habría reducido a una decadencia por quiebra de la unidad católica. El lugar del problema y la decadencia lo ocupan las dos clases sociales que han hecho acto de presencia en toda Europa:

burguesía y proletariado, clase dominante, clase obrera. No se trata de una historia meramente cultural, ni de un discurso sobre los discursos; ni siquiera, como el mismo Jover explica cuando se refiere a lo que permanece vivo de aquella conferencia, se trata única o principalmente de un estudio de mentalidades o de psicología social. Los discursos importan, desde luego, como la psicología y la mentalidad y al prestarles atención Jover se adelanta a su tiempo. Pero esos discursos no son nada y las mentalidades se quedarían flotando en las nubes sin atender, y aquí es donde me parece que radica lo más original de su mirada de historiador, a los lugares de sociabilidad, a la casa, el café, la logia, el club, a la formación de conciencias de clase en el trajín diario, a las transformaciones en el equipamiento industrial, talleres que dejan lugar a fábricas, al análisis de lenguaje, a la pasiones y al color de la vida y, en fin, a la cultura y a la acción políticas alimentadas por posiciones de clase.

Y sin embargo, al terminar la lectura de esta pieza magistral con esa especie de aceleración o, más bien, de salto, que nos sumerge de pronto en la guerra civil, algo nos dice que su autor, en un tiempo de ensimismamiento en el problema de España, de casticismo y de autarquía mental impuesto por la victoria en la guerra civil, y en un clima intelectual impregnado de cultura católica como sustrato de la vida social y política, donde nada que no sea católico tiene derecho a una existencia pública, ha abierto de par en par una ventana pero quedándose todavía dentro de la casa, al menos durante un tiempo. ¿Por qué? Quizá volviendo al comienzo se pueda sugerir una respuesta. José María Jover decía en su entrevista con Antonio Morales que la guerra civil, los aspectos políticos, internacionales, éticos y humanos de la guerra civil, fueron los que, al conmoverle profundamente, le empujaron hacia el estudio de las humanidades y de la historia. Ahora bien, y como él mismo decía en marzo de 1975, la historia se escribe en una sociedad determinada; no hay historiografía que se sustraiga, directa o indirectamente, a los condicionamientos de un presente que actúa sobre cada escuela y sobre cada historiador. En el último párrafo, y más aún, en la última frase de la pieza escrita para ser leída en abril de 1951, emerge uno de esos condicionamientos, una razón católica de la catástrofe; una razón católica no del tipo de la excluyente y liquidadora de los vencidos propia del grupo de *Arbor*, sino del creyente que atiende a todas las “conciencias” en lucha y señala la parte que a

cada cual corresponde en el origen de la violencia. Con esto, se adelanta también Jover a su tiempo, al menos quince años, cuando avanzada la década de 1960 un sector del mundo católico impulsó una política de diálogo y encuentro con los vencidos o sus herederos. Si no temiera caer en un anacronismo, diría que en ese abrupto final late lo que años después se llamará política de reconciliación.

Dicho esto, también hay que reconocer que esa coda final de Jover no afecta al contenido de lo que acabamos de leer aunque pretenda arrojar una luz retrospectiva, o sea, aunque pueda inducir al lector de hoy a considerar toda la reconstrucción del proceso anterior como la clave explicativa, como la razón última, de lo que le llevó a ser historiador, la comprensión de cómo pudo ser posible aquella catástrofe: “En unos [los grupos obreros], angustia y sed de poder; en otros [los grupos burgueses] temor por la seguridad de su mundo: la violencia *fue in crescendo*, conduciéndonos, media centuria más tarde, a la guerra civil”. Este salto en el vacío o, más bien, esta concepción de la historia en grandes arcadas, no es el resultado lógico, no es el desenlace exigido por la narración que se acaba de leer. Ese salto no viene de la investigación realizada en torno a la aparición y formación de esas conciencias obrera y burguesa con esa magistral imbricación de pasiones, creencias, valores, lugares de trabajo y de sociabilidad, colores, sentimientos, esperanzas y frustraciones de obreros y burgueses. Es una conclusión excesiva o, más exactamente, de un orden que nada tiene que ver con lo anterior, que no es su resultado, que implica una quiebro en el discurso o en el relato del historiador. Es una conclusión, en fin, que responde a una experiencia de la guerra civil que, por su magnitud, vivió aquel joven católico como una catástrofe –más adelante, dirá: como una quiebra de civilización- y que, por tanto, exigía una explicación trascendente, como planeando sobre el proceso histórico. Algo había ocurrido en las profundidades de España para que tanta destrucción hubiera sido posible. Las explicaciones recibidas no le satisficieron y salió en busca de otra: la formación y consolidación de unas conciencias de clase que, por un abandono de espíritu cristiano, empujaron a obreros y burgueses a una violencia que desembocó finalmente en guerra.

Pero en el camino recorrido hasta saltar a ese inesperado final, el historiador que ya era José María Jover en 1951, historiador primero de las

ideas de una generación con el propósito de encontrar en la Alta Edad Moderna el origen de un desvío de la historia de España, e historiador luego de unas conciencias de clase con el propósito de encontrar en el siglo XIX la razón última de su catastrófico final, ha abierto una ventana que acabará por renovar todo el aire de la casa. Salir de una casa habitada, confortablemente amueblada, en la que se ha formado la primera visión del mundo que nos rodea, en la que se han escuchado las voces del pasado y se han soñado otros futuros, es una conquista que no se logra de una vez; es como la historia misma, un proceso. Y en abril de 1951, en el Ateneo de Madrid, hablando del siglo XIX, de burgueses y de proletarios, ante una audiencia dominada por una visión católica del pasado, Jover acababa de dar un paso sin vuelta atrás en ese proceso: escribir historia de lo que la gente siente, imagina, proyecta, hace, en la casa, el despacho, la fábrica, el club, la asociación, la calle; una manera de historia que finalmente ha mostrado tanto a más vigor y capacidad de comprensión del pasado que aquella otra historia económica y social que por los mismos años comenzaba a establecer una hegemonía de no tan larga duración.